

Blancanieves y las siete enanitos

Érase una vez durante una fría temporada de invierno, una reina que pasaba sus días costada en las cercanías de una ventana cuyo marco de madera era denso y de color negro.

Un día, mientras miraba la nieve caer, se pinchó el dedo con la punta de la aguja y tres gotas de su sangre lograron tocar la nieve.

La forma en la que esta se esparcía en la nieve era tan hermosa que la reina se dijo a sí misma: "¡ojalá tuviera una niña tan bella y blanca como la nieve, roja como la sangre y con unos cabellos negros como el ébano!"

Al poco tiempo, dio a luz a una hermosa niña y, ¡cuánto como era!

== *Fari blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con un cabello que imitaba al más negro ébano.*

Así pues, todo esto hizo que la hermosa niña se llamara Blancanieves, aunque desgraciadamente, la reina murió poco después de dar a luz.

Al año siguiente, el rey volvió a casarse, pero esta vez el orgullo y la arrogancia eran el carácter principal de esta bella mujer ahora convertida en reina y para la que su belleza era inigualable.

Poseía un espejo inverosímil y al pasarse frente a él, se miraba y decía:

== *"¡Espejito, espejito! ¿Quién es la más hermosa de todas?"*

Y el espejo respondía:

== *"¡Usted mi reina!"*

La nueva reina quedaba siempre
satisfecha con esta respuesta, y
sabierudas de que su espejo no podía
mentir.

Pero la joven princesa Blancanieves, con
el pasar de los años se hacía cada vez
más y más hermosa y, cuando cumplió
los siete años de edad, su belleza era
incluso más hermosa que la de la
misma reina.

Un buen día la reina como de
costumbre preguntó a su espejo:

"Españita, española! ¿Quién es la más
hermosa de todas?"

Y el espejo exclamó:

"La reina es hermosa de verdad pero
Blanca Nieves es preciosa y sí es igual."

En ese momento la reina cambió completamente de aspecto de tanta rabia y envidia que la embutía por dentro. De ahí en adelante, la reina no podía soportar ver a Blancanieves y cada vez que la veía su corazón se retorció.

El orgullo y la envidia que la caracterizaban crecieron cada día más y más y eso nadie lo dudaba.

Fue entonces cuando se le ocurrió contratar a un cazador, a quien le dijo: = "Lleva a Blancanieves a lo más profundo del bosque, no quiero volver a verla. Mátala y tráeme sus tripas como prueba".

El cazador siguió las ordenes y llevó a la pobre Blancanieves a lo más profundo del bosque, sin embargo, en cuanto se disponía a matarla, la niña

comenzó a llorar y gritó: = "¡Señor cazador, por favor no me mates!; haré lo que quieras del bosque y jamás volveré a regresar".

Su belleza era tal que el cazador tuvo piedad y le dijo = "¡tantos curra, mírala!"

El cazador, no obstante, pensaba que los animales salvajes lo matarían enseguida. Aunque cierto es que el no matarla fue un gran alivio para su conciencia.

En ese momento, un cerdo salvaje se acercó. El cazador lo capturó y lo mató, le extrajo el hígado, los pulmones y los llevó hasta donde se encontraba la reina curra prueba del éxito en su encerradura.

El cocinero los dio sazón con sal y la
malvada mujer se los comió con la
esperanza de absorber la belleza de
Blancanieves.

Al otro lado del reino, en la más
profunda del bosque, la desventurada
niña se encontraba sola y aturdida.
Era tanta su miedo que hasta las
hojas de los árboles luchan aterradoras.

No sabía qué iba ser de ella puesto
que nunca antes había tenido que
cuidarse sola. Así que en un acto
desesperado, corrió sin cesar a través de
la maleza.

Las fieras se le cruzaban, pero nunca
la amenazaban, por lo que siguió
corriendo hasta que el sol se puso; y
tras muchas horas de recorrido, divisó
una pequeña casa en la que entró a
descansar.

En la pequeña cubaíta toda estaba
fabricada en miniatura además de
relucir limpia hasta el punto de
brillar.

En el centro del salón, se encontraba
una pequeña mesa cubierta por un
mantel blanco y, sobre este, habían
puestos siete pequeños platos, cada uno
con sus respectivos cubiertos también de
pequeña tamaño.

Haciendo fila en la pared, se
encontraban siete curvas pequeñas,
todas ellas cubiertas por sábanas
blancas. El hambre y la sed agobiaban
a Blancanieves quien comió un poco de
pan y legumbres de cada plato, y de
cada vaso, también había unas gotas de
vino.

Al terminar de comer el consorcio
terminó por invadirla. Intentó

acostarse en una de las camas, pero ninguna le cabía: una por larga, la otra por corta y así fue probando hasta que en la séptima cama pudo entrar de maravilla.

Al caer la noche se presentaron los dueños de la cabaña: eran siete enanitos, todos ellos mineros extractores del mineral que yacía en las montañas.

Encendieron sus siete pequeños faros y se percataron de que alguien había entrado su casa, ya que las cosas no estaban en el correcto orden en el que las dejaron cuando se fueron.

El primero dijo: = "¿Quién se ha sentado en mi silla?"

El segundo: = "¿Quién ha comido de mi plato?"

El tercero: = "¿Quién se ha comido
parte de mi pan?"

El cuarto: = "¿Quién ha probado mis
legumbres?"

El quinto: = "¿Quién usó mi tenedor?"

El sexto: = "¿Quién ha usado mi
cuchillo?"

El séptimo: = "¿Quién bebió de mi
vaso?"

Después, el primero echó un vistazo y
notó una arruga en su curru y dijo: =
"¿Quién ha estado en mi curru?"

Los demás se acercaron y dijeron: =
"Se han acostado en tu curru
también?"

Mirando en su curru, el séptimo se
percató de la pequeña Blancanieves,
quién a pesar del escándalo aun

seguía dormida. El enanito rápidamente llamó a sus compañeros, quienes llegaron veloces y muy asombrados.

Buscaron sus siete pequeños faros y entre todos iluminaron a Blancanieves.

« ¡Qué niña más hermosa! » exclamaron en coro.

Sintieron mucho regocijo al verla dormir, tanto que no se atrevieron a interrumpir su sueño. El séptimo de los enanitos compartió la cama durante una hora con el resto de sus compañeros para poder pasar la noche.

A la mañana siguiente, Blanca Nieves se llevó un susto de espanto al verse rodeada de tantos enanitos. Pero ellos fueron muy amables con ella. « ¡Cuál es tu nombre? » « mi nombre

Blancanieves" = "¿y cómo has llegado a nuestra casa?" =.

Ella les contó que su cruel madrastra contrató un cazador para matarla, pero que este se apiadó de ella y le dejó vivir con vida, por lo que se pasó corriendo el día entero hasta que se encontró con la pequeña cubaíta.

Los enanitos respondieron: = "Si te comprometes a hacer las tareas del hogar como lavar, cocinar, hacer las camas, coser y mantener todo en su sitio con mucha puntualidad, podrás quedarte aquí y tan por segura que no te va faltar de nada" = Blancanieves respondió de manera positiva diciendo que sí, y fue desde entonces cuando se quedó en la casa junto con los enanitos.

Blanca Nieves se encargaría
perfectamente del hogar.

Todas las mañanas los enanos
salían a trabajar en las montañas,
donde realizaban sus labores de
minería para extraer oro y minerales,
en tanto que al regresar por las tardes
la comida ya estaba servida.

La joven pasaba los días sola en la
cabaña. Un día, los enanos le
advirtieron: "tarde o temprano tu
madrestra sabrá que estás aquí y
vendrá a por ti, no debes pensar a
nadie".

Cuando la reina terminó de comer lo
que ella creía eran las vísceras de
Blancanieves, se dispuso a consultar a
su espejito mágico de nuevo. Y parada
frente a él le preguntó.

"¡Espejito, espejito! ¿Quién es la más hermosa de todas?"

Y el espejo respondió:

"Estás mi reina, pero en la más profunda del bosque, en la cabaña de las enanitas, la joven Blancanieves es mucho más hermosa".

La reina explotó en cólera puesta que sabía que el espejo no le menta. Fue entonces cuando se dio cuenta del engaño del cazador porque ¡Blancanieves seguía viva!

Empezó a meditar cuál sería la mejor forma de acercarse a Blancanieves puesta que su envidia era tal que no podría conciliar siquiera el sueño hasta no convertirse ella en la más hermosa del reino.

Se encerró durante horas en su cuarto secreto, hasta que terminó de elaborar una manzana envenenada. Su aspecto exterior era impresionante, pues tenía un color rojo intenso y se veía tan jugosa que podría seducir a cualquiera.

Sin embargo, al más mínima de los trozos era letal. La malvada reina se disfrazó de campesina y llevó la mortífera manzana hasta la casa de los enanitos.

Fue la puerta y Blancanieves se limitó a asomarse la cabeza para decir:

= "No puedo dejar entrar a nadie, mis amigos los enanitos me lo han prohibido"

= «No pasa nada, solo me quiero deshacer de mis manzanas, toma una, te la regalo»

"No! La siento, tampoco puedo aceptar nada."

"¡Acusa ternos que está envenenada!" entonces cogió la manzana y dijo = "¡Hanna! Tú comerás la parte roja y yo comeré la parte blanca".

Para desgracia de Blancanieves, la manzana estaba muy bien elaborada, solamente la parte roja era la que contenía el poderoso veneno.

La hermosa manzana parecía deliciosa, tanto que tentaba al patador de Blancanieves, quien al ver a la campesina ingerir su trozo de manzana, no se pudo resistir.

Estiró su mano y aceptó el trozo de manzana envenenada. En cuanto rozó su boca, la joven Blancanieves cayó desplomada al suelo.

En ese momento la campesina currió su semblante, puso una mirada despiadada y dijo: "Blanca como la nieve, roja como sangre y sus cabellos negros como el ébano. ¡Fus amigos blancos ya no podrán salvarte!" mientras sus sonoras y malvadas carcajadas se hacía sonar.

Al volver al castillo, a su espejo preguntó:

"¡Espejito, espejito! ¿Quién es la más hermosa de todas?"

"¡Estad mi reina!"

Fue una frase corta, pero lo suficiente como para dejar el envidioso corazón de la reina abrumado y reposado.

Al caer la noche, los enanitos volvieron a casa para encontrar a Blancanieves,

quien yacía tendida en el suelo sin respiración ni pulso.

Estaba muerta. Así que la levantaron del suelo y buscaron qué te podía estar asfixiando o envenenando, pero todos sus esfuerzos eran en vano, pues tu querida Blancanieves seguía muerta sin importar lo que hicieran.

La pusieron en una carritta, la rodearon sentados y durante tres días ininterrumpidos lloraron junto a ella. Quisieron darle sepulcro, sin embargo, lucía tan vivida como si aún siguiera con vida, inclusive mantenía el tono rosado tan característico de sus mejillas.

Los enanitos dijeron: "sería una mala idea enterrar a nuestra querida Blancanieves para toda tu eternidad".

Así que decidieron construir una urna de cristal, desde donde se podía apreciar a la hermosa joven desde todos los ángulos.

Pusieron a Blancanieves dentro. En las tablas talladas en oro escribieron su nombre y una inscripción que la proclamaba como hija del rey.

Pasó mucho tiempo desde que metieron a Blancanieves en la urna, sin embargo, esta seguía sin mostrar ningún signo de fealdad ni pérdida de su belleza.

Por el contrario, parecía estar durmiendo, puesto que su piel se mantenía blanca como la nieve, su aspecto rojo como la sangre y sus cabellos negros como el ébano.

Un buen día, un príncipe apareció por el bosque, encontró la casa de los

envenenados y les pidió que se dejaran
quedarse solo por esa noche.

Por la mañana, al despertarse, vio la
urna donde yacía Blancanieves y leyó
la inscripción hecha por los envenenados.
El joven príncipe se enamora de
inmediato.

A la mañana siguiente el príncipe y
sus sirvientes tentan que partir, pero
este no pudo evitar despedirse de ella
besándola en la mejilla.

Y justo en ese momento... ¡Blancanieves
volvió a la vida!, pues el beso de amor
que el príncipe le había dado consiguió
romper el hechizo de la malvada reina.

Blancanieves y el príncipe se casaron,
expulsaron a la reina cruel del palacio
y desde entonces todos pudieron vivir
felices y en paz.

